

de la ciudad, y desde allí á otro en lo interior de la Armenia, en donde seguramente no sobrevivió largo tiempo á su segunda desgracia; pues que la historia no hace mencion de él desde este acontecimiento. Esteban, hermano del emperador Leon, principe virtuoso, que se habia consagrado al servicio del altar, fué colocado en la silla de Constantinopla. Habia recibido el diaconato de mano de Focio, y esta circunstancia era un obstáculo; pero lo desvaneció el papa Formoso, sucesor de Esteban V., que á instancias del emperador y de toda la iglesia Griega dispuso y absolvió á los que Focio habia ordenado.

Así acabó el cisma que habia despedazado por tan largo tiempo la iglesia de Oriente; pero este fuego, excitado por la ambicion del hombre mas artificioso y sabio que hasta entónces se habia visto, se reproduxo en lo sucesivo causando males que aun duran. Veremos sus tristes efectos en las épocas que nos quedan que recorrer. Focio, su autor, tenia todo el talento que puede contribuir á la gloria de la Iglesia y á la suya, si hubiera sabido hacer buen uso de él. Por su ilústre nacimiento, su ingenio vasto, su inmensa erudicion, su infatigable aplicacion al estudio, su eloqüencia viva y penetrante, sus gracias naturales y otras bellas calidades, podia igualar y aun exceder á los mas célebres personajes. Pero ni su nobleza, ni su ingenio, ni su ciencia, ni sus riquezas, ni sus dignidades no han impedido que la posteridad le mire como uno de los monstruos mas funestos para la sociedad, á quien solo parece que la naturaleza habia dotado de gran talento, para hacer ver mejor quán dañosos pueden llegar á ser aun los dones mas estimables quando estan separados de la virtud. El orgullo, la ambicion y la perversidad de ánimo fueron la causa de sus delitos y de su desgracia. Nosotros le hemos pintado segun sus acciones, y si quisiéramos añadir una nueva calificacion á su carácter, diriamos que nadie antes ni despues de él supo reunir en igual grado la maldad con la hipocresía, la insolencia con las apariencias de la modestia, la serenidad de un exterior compuesto con la impetuosidad de las mas vivas pasiones, y el language de un santo con las acciones de un malvado.

ARTICULO VII.

Disputas que se suscitaron en Occidente sobre la gracia, la predestinacion y la Eucaristía.

Uno de los arbitrios de que se habia valido Carlo Magno para excitar el gusto de los estudios, y producir la emulacion entre los sabios, era el de proponer quëstiones sobre diferentes puntos de doctrina, empenándoles en responder por escrito. Este medio de excitar los entendimientos, sin duda hubiera contribuido al progreso de las letras y de la razon en un tiempo mas dichoso; pero para esto hubiera sido necesario que la ignorancia y la barbarie, que con dificultad ceden á los mayores esfuerzos, hubiesen sido destruidas, y que los estudiosos hubiesen sabido dirigir sus tareas sobre un plan prudente y bien combinado, cuyo único fin fuese la utilidad pública. Pero en el noveno siglo estaban aun muy léjos de estas miras reflexivas, que son el fruto de una razon despreocupada, y de una sana crítica. De esta suerte contra las intenciones del restaurador de las ciencias en Occidente, no produxeron los desvelos de los literatos y de los teólogos sino vanas sutilezas y errores. Se levantaban ridículas quëstiones, y se exáminaban seriamente. Preguntaban si los santos, despues de la resurreccion, verian á Dios con los ojos corporales, baxo una forma sensible, ó por una simple aprension del alma; si Dios habia criado una alma para cada hombre, ó si una misma alma obraba en todos los individuos de la especie humana; si se debia escribir el nombre de *Jesus* con una aspiracion; si la palabra *cherubin* era masculina ó neutra, y se disputaba sobre otros mil frívolos objetos que el falso saber se esforzaba á hacer importantes. Pero entre las discusiones en que se ocupaban, hubo algunas que llegaron á hacerse interesantes á la Iglesia por su enlace con los dogmas de la fe, y por las resultas que podian tener. Tales fueron las disputas suscitadas en Francia sobre la gracia, la predestinacion y la Eucaristía. Dos monges que hubieran quedado en el olvido como otros muchos, á no haber turbado la Iglesia, fueron sus principales autores. La naturaleza de los asuntos que quisieron profundizar junto con el espíritu del siglo, les adquirió una

especie de celebridad. Vamos á referir con imparcialidad lo que los monumentos auténticos de aquel tiempo nos enseñan.

Gothescalo, nacido en Saxonia de una familia ilustre, habia sido ofrecido por sus padres quando niño al monasterio de Fulda. En mayor edad, y ya promovido á las órdenes sagradas, reclamó contra la obligacion que sus padres habian hecho á nombre suyo. El arzobispo de Maguncia, Juez en esta causa, sentenció á su favor. Gothescalo en consecuencia de esto dexó el hábito de monge, y salió de Fulda. Pero la regla de san Benito y la disciplina que reynaba entónces se oponian á aquella mudanza. Rabáno-Mauro, su abad, hizo servir contra él estos poderosos medios, y el jóven monge se vió precisado á volver á sufrir el yugo que hallaba tan pesado. En Orbais, abadía de la diócesis de Soissons, volvió á tomar el hábito y la profesion del claustro. Cada día mas fastidiado de la soledad, dexó bien presto su nuevo asilo, y viajó por diversas provincias de la Italia, de la Alemania y de la Francia. De lo dicho se infiere, que la inquietud y la obstinacion hacian el fondo de su carácter. Lo mas cierto es, que desde el instante en que tomó el tono de doctor, llevó este último defecto mas adelante que ninguno de los que se habian excedido en dogmatizar sobre las mismas materias ántes que él.

Desde luego se ocupó Gothescalo en la cuestión que ejercitaba entónces los ingenios, qual era saber como la vision beatífica obraba en los santos despues de la resurreccion. Consultó sobre esto á Lupo, abad de Ferriers, quien le aconsejó que no emplease su entendimiento, ni el tiempo en aclarar semejantes cuestiones, aplicándose mas presto á la meditacion de las santas escrituras, y á buscar con humildad las verdades que mueven el corazon.

Gothescalo no hizo caso de tan prudente consejo. Deseoso de penetrar los mas profundos arcanos de la divina ciencia, se entregó á suposiciones temerarias sobre la predestinacion y la gracia, materia rodeada de escollos, á que parece ha querido Dios impedir nos aproximemos por el velo impenetrable con que la ha cubierto. No salian de sus manos las obras de san Agustin, fuentes abundantes y puras; pero de donde no se sacan las verdades, sino quan-

do se lleva por guía el espíritu de sabiduría que dirige á la Iglesia en el exámen de estas espinosas cuestiones Gothescalo creyó bien presto haber hallado el verdadero sentido del santo doctor, y penetrado su doctrina. Tal es la pretension de todos los que se lisonjean de saber mas que los otros acerca de los misterios inaccesibles á la razon, y á que la fe no ha quitado el velo. Lleno de estas ideas el monge saxon empezó á dogmatizar. Su doctrina era dura, inductiva á desesperacion, y á lo que la fe nos enseña sobre la justicia y bondad de Dios.

Si se quiere conocer bien esta doctrina que alarmó por todas partes desde que comenzó á publicarse, no hay mas seguro medio que buscarla en los escritos de los que mostraron interesarse por el nuevo doctor. Amolon, arzobispo de Leon de Francia, es uno de los que en estas disputas manifestaron mas moderacion y caridad. Reduxo este prelado á seis proposiciones todo lo que Gothescalo habia esparcido de un modo obscuro y equívoco en sus diversas obras, y son las siguientes. 1.^a Ninguno de los que han sido redimidos por Jesu-christo puede perecer. 2.^a El bautismo y los demas sacramentos no son de ningun efecto para aquellos que se pierden despues de haberlos recibido. 3.^a Los fieles que perecen no han sido incorporados á Jesu-christo, y á la Iglesia en el bautismo. 4.^a Todos los reprobados estan de tal modo predestinados por Dios á la muerte eterna, que ninguno, qualesquiera que sean sus obras, puede salvarse. 5.^a Despues del pecado del primer hombre se acabó el libre albedrío, y ya no tiene ninguna fuerza. 6.^a Jesu-christo no ha muerto por todos los hombres, y sí solo por los que se salvan y estan predestinados para ello.

Es evidente que enseñando semejante doctrina, se dexaba arrastrar Gothescalo hácia el escollo opuesto á aquel en que se habian estrellado Pelagio y sus discípulos. Esto era renovar la heregia monstruosa y asoladora de los predestinacionarios, que no es imaginaria, como algunos han pretendido, pues no hay duda que ha sido condenada por los concilios de Arlés y Leon hácia fines del siglo quinto. Apenas se esparcieron en Francia los errores de Gothescalo, quando los prelados conocieron el riesgo. Nada en efecto era mas propio para desesperar á los unos y hacer presuntuosos á los otros, que el dogma de la predestina-

cion absoluta é inevitable. Tal es la idea que nos dan los que tomaron la pluma contra Gothescalo, despues de los efectos que comenzaba á producir. Hay ya, decian, hablando de aquel novator pervertido, un gran número de christianos en quienes sus discursos han extinguido el ardor que tenían de salvarse; porque dicen estos fieles arrastrados del error, para qué tomarme tanto trabajo en servicio del Señor? Si yo estoy destinado á la muerte eterna, no la evitaré; por el contrario, si yo estoy destinado á la vida, aunque viva mal, ciertamente arribaré al descanso celestial. La consecuencia se seguia necesariamente de estos principios, no siendo menester mas para demostrar las heréticas opiniones en que estaba imbuido Gothescalo.

Para impedir sus progresos se congregaron varios concilios, es á saber: uno en Maguncia, en donde el error de Gothescalo recibió el primer golpe; dos en Quiersi, palacio real de Picardia, presente Cárlos el Calvo. El novator pertinaz y relapso fué allí condenado á ser azotado hasta que arrojase por sí mismo al fuego el escrito que contenia sus erróneas proposiciones. En fin, un quarto concilio en Valencia, en donde los padres, á exemplo de los concilios de Africa, que habian proscrito al pelagianismo en el siglo quinto, se contentaron con explicar claramente el dogma católico sobre la gracia, la predestinacion, el albedrío y la muerte de Jesu-christo por todo el género humano, sin hacer vanos esfuerzos para conciliar las verdades que solo Dios conoce. San Agustin se habia ceñido á estos justos límites, y la experiencia no ha hecho sino mostrarnos, que cualesquiera que emprende salir de ellos, cae necesariamente en uno de los dos principios que limitan, para decirlo así, la estrecha senda de la verdad.

Gothescalo ha tenido algunos apologistas en estos últimos tiempos, como los tuvo en su siglo; no porque se quieran justificar sus errores demasiado patentes y ruidosos, para que se dexen de convenir en que la Iglesia ha debido condenarlos. Ninguno de sus defensores querria ser sospechase de sostenerlos segun él los enseñó; pero todos sus esfuerzos solo se dirigen á interpretar favorablemente los términos de que se ha servido, y á encontrar en sus expresiones un sentido mas tolerable que aquel de que únicamente parecen capaces en el language exácto de la

teología; la mayor parte de ellos abandonan su doctrina á la censura, no emprendiendo justificar sino su persona y sus escritos. Porque la distincion del hecho y del derecho no es nueva, no se advierte que en hechos de doctrina no se pueden asegurar malas ni buenas opiniones, sino por las obras y discursos de los que las sostienen; y que en consecuencia, siempre que un doctor dice de viva voz ó por escrito cosas contrarias á la fe, tiene derecho la Iglesia de condenarle, á ménos que se retracte en los términos mas claros y mas formales. Esto es lo que Gothescalo rehusó siempre, sus explicaciones y profesiones de fe estan llenas de ambigüedades y de equívocos. Aunque no hubiera contra él otra cosa, esto bastaba para hacerle culpable. La verdad se muestra descubierta sin temer la luz, su language es siempre puro y claro. Pelagio y Celestio habian declarado sus opiniones con tal arte que parecian ortodoxas; pero el mismo cuidado que tenían de ocultarse, los hizo sospechosos, y sirvió para descubrirlos. Se ha clamado contra el tratamiento hecho á Gothescalo en el segundo concilio de Quiersi; pero no se debe ignorar, que el castigo que sufrió por su caída y pertinacia, se dió segun la regla de san Benito que profesaba, y la disciplina que estaba entónces en su vigor en los monasterios sometidos á ella. Por tanto, ni el arzobispo Hincmaro, ni los otros prelados de aquel concilio merecen el nombre de bárbaros que se les ha dado en nuestros dias. Para ser equitativo es preciso juzgar las cosas segun las costumbres y usos del tiempo á que se refieren, y no por nuestras presentes ideas.

Gothescalo permaneció pertinaz hasta la muerte. Estaba penitenciado en el monasterio de Hautvilliers, quando se vió que poco ántes de morir propuso volver á entrar en la paz de la Iglesia, firmando un formulario de doctrina hecho por Hincmaro. Pero al punto que oyó hablar de retractacion, recogió las fuerzas que le restaban para prorumpir en injurias. Su violencia y su repulsa obstinada en un momento tan formidable eran pruebas bien evidentes de su adhesion al error. Murió con tan funestas disposiciones, sin haber merecido por su arrepentimiento el beneficio de la reconciliacion. Por dicha de la Iglesia de Francia habia hecho pocos discípulos, lo mismo que los predestinacionarios del V. siglo, demasiado pocos para formar una

secta. Sus errores se sepultaron con él. Se refiere su muerte hácia el año de 868.

Parece que la soledad, tan propia para el recogimiento y la meditacion, tiene el inconveniente de excitar, por decirlo así, la sutileza del entendimiento, y disponerle á las disputas por el reconcentramiento del alma, y el ardor que imprime en la imaginacion. Hemos visto hasta ahora que las mas famosas heregías han nacido en los claustros, ó que han encontrado en ellos los mas ardientes defensores. La disputa que se suscitó sobre la Eucaristía hácia la época en que estamos, salió de la misma fuente, y los que hicieron el primer papel fueron dos monges. Causaron mucho méenos estruendo que habian producido los errores de Gothescalo; porque se reducian á una cuestión de voces, estando los que disputaban por otra parte acordes en el fondo del asunto: no porque las querellas teológicas no se hagan muchas veces tanto mas vivas, quanto ménos se entienden, sino porque la actividad de los espíritus estaba deprimida por el gran número de objetos que abrazaba. Sea lo que fuere, la disputa de que se trata se ha hecho mas importante para nosotros, á causa de la ventaja que los protestantes han pretendido sacar de ella de lo que lo fué en el tiempo que se vió en su fuerza. Esto nos empeña á detenernos aquí.

Ratberto, monge, y despues abad de Corbia, habia tomado el nombre de Pascasio, como Gothescalo el de Fulgencio. Este era el uso de los literatos de aquel tiempo, que juntaban un sobrenombre latino á sus nombres bárbaros, cuya pronunciaci6n era ordinariamente dura, y poco agradable; uso renovado por algunas sábias sociedades de Italia despues de la restauracion de las letras. Ratberto se habia aplicado con ardor á los estudios teológicos, y se le contaba entre los hombres mas célebres de su tiempo. Despues que la Saxonia habia abrazado el christianismo, algunos monges franceses fundaron allí un monasterio llamado la nueva Corbia. La antigua Corbia, que se miraba como la metrópoli de esta colonia, empleaba sus sabios en la composicion de diferentes obras destinadas á la instruccion de los monges saxones, aun poco ilustrados. Pascasio Ratberto, que presidia la escuela de Corbia, uno de los mas distinguidos que habia ent6nces, consagró parte de sus vacaciones en trabajar para los religiosos de la nueva Corbia,

cuyos conocimientos era preciso extender, principalmente en los asuntos de religion, á fin de que pudiesen en lo sucesivo instruir á sus compatriotas. Con esta mira escribió su tratado del cuerpo y sangre de Jesu-christo. Esta obra es de un estilo sencillo; no contiene ninguna discusion contenciosa y polémica; la instruccion es lo que solamente el autor se propone. Se limita á la explicacion clara y precisa de la doctrina recibida en la Iglesia sobre la Eucaristía; doctrina enseñada por los apóstoles, conferida en las obras de los antiguos padres, como son Justino, Tertuliano, Orígenes, transmitida de siglo en siglo por el canal de la tradicion; y conservada por todas las sociedades christianas de Oriente. Todo el tratado de Pascasio Ratberto se reduce á tres aserciones, que contienen la creencia universal del mundo christiano sobre el misterio de la Eucaristía, considerada como sacrificio y como sacramento, á saber: 1.^a que la Eucaristía es el verdadero cuerpo y sangre de Jesu-christo: 2.^a que despues de la consagracion la substancia del pan y del vino desaparecen: 3.^a que el cuerpo de Jesu-christo, presente en la Eucaristía, es el mismo que nació de la Virgen María, que padeci6 sobre la cruz, y que reyna en el cielo. Hay, dice Pascasio, lo que todo el universo cree y confiesa: *quod totus orbis credit & confitetur.*

El modo con que se explicaba Pascasio en este tratado no fué del gusto de todos los sabios de aquel tiempo, aunque en él reconocian todos la doctrina católica; pero les parecia que las expresiones de que usaba, sin ser inexactas ó nuevas, no contenian las cosas en los términos que á los teólogos se les representaban. Ratramno, asimismo monge de Corbia, trabajó en rectificar lo que no le era de su gusto en la obra de su hermano, su prelado á la sazón; mas se defendió Pascasio declarando sus pensamientos justificando sus expresiones, y demostrando que la doctrina de su obra era la creencia universal de la Iglesia. Tomó calor la disputa, y quiso instruirse en el hecho de la contestacion Carlos el Calvo, examinando lo que se habia escrito por una y otra parte, mas en nada se mezclaron los obispos, y de consiguiente no se tuvo ningun concilio con este motivo. Estaba seguro este dogma, como todos así discurrían, y solo estaba la diferencia en los modos de hablar; de manera que si habia alguna dificultad en

aclararlo, era prudente y justo abandonar la discusión á los sabios que deseaban exercitar sus plumas sobre estos objetos, sin que fuese un negocio serio para la Iglesia la diversidad de sus opiniones.

Por cuya razon han pretendido injustamente los protestantes hallar en la obra de Pascasio Ratberto el primer manual de la doctrina católica sobre la presencia real, y sobre la transubstanciación; porque, además de que repite muchas veces este autor que nada escribe de nuevo, que sus aserciones son la enseñanza de toda la Iglesia, y que las verdades que expone no tienen mas contrarios que á los infieles y á los impíos, es facil convenirse repasando los escritos de Pascasio y de Ratramno, en los quales toda la disputa se reduce á un puro equívoco. Conviene Pascasio en que la Eucaristía es á un mismo tiempo verdad y figura; verdad, porque contiene real y substancialmente el cuerpo y la sangre de Jesu-christo; figura, porque este cuerpo y sangre están cubiertos como de un velo por especies exteriores y sensibles. Pretendia Ratramno que se explicase con mas claridad este último carácter de la Eucaristía, y que se diese el nombre de figura á las especies sacramentales, así por el sentido mas general, como por el recelo sin duda de que no se les confundiese con el mismo sacramento. Se separaba tambien de Pascasio en quanto pretendia que el cuerpo de Jesu-christo tiene en la Eucaristía una diferente manera de ser que en la cruz y en el cielo, esto es, que en la cruz y en el cielo el cuerpo de Jesu-christo no está escondido baxo apariencias extrañas, en lugar de que en la Eucaristía no se muestra sino baxo el velo de especies, que es lo que llamaban figura Ratramno y los demas contrarios de Pascasio. Era necesario estar muy ciego para no conocer quanto opuesta es esta doctrina á la de los protestantes.

Añadamos una reflexion, y se reduce á que no es posible concebir que la religion christiana haya jamas existido un solo dia sin el dogma de la presencia real; cuyo dogma comprehende la esencia misma del christianismo, y á él se refieren todas las partes del culto sagrado, y por lo mismo en los primitivos tiempos de la Iglesia no habia mas culto que la celebracion del misterio eucarístico. Quitemos á la religion la Eucaristía, reduzcámos á una simple figura el sacrificio y el sacramento, y destruiremos su culto ex-

terior, que no tiene mas motivo, mas objeto, ni otro fin; y de consiguiente no podremos saber con qué mira se juntaban los fieles con tanta exactitud desde el tiempo de los apóstoles para celebrar unos misterios que tomaban de los profanos. A quién, pues, se persuadirá que un monge desde lo interior de un monasterio de Picardia, sin mas auxilio que la pluma haya tenido la habilidad de hacer recibir el dogma incomprehensible y nuevo de la presencia real en la iglesia de Francia, en las de España, de Inglaterra, de Germania, en la iglesia de Roma, tan zelosa en la conservación de sus antiguas tradiciones, y tan vigilante en reprimir la novedad, y en una palabra, en todo el Occidente? Quando fuese creíble un hecho de esta naturaleza, faltaria siempre saber, cómo ha podido restablecerse este dogma de la iglesia Griega, á quien Pascasio y su libro eran igualmente desconocidos? Cómo las comuniones christianas de Siria, de Egipto y de Etiopia, separadas de los griegos y de los latinos, le han abrazado con ellas, y le conservaron en medio de su cisma? Cómo todos los padres, todas las liturgias, desde los tiempos de los apóstoles, hasta el noveno siglo no tenían sobre este punto sino un mismo lenguaje? Cómo finalmente entre todos los monumentos eclesiásticos de la edad en que ha vivido Pascasio Ratberto, no hay alguno que le reprehenda una innovacion de esta importancia, y que reclame en favor de la antigua fe? Ved aquí dificultades insuperables: sin embargo, se han empeñado los protestantes en destruirlas, atacando la creencia de la iglesia Romana, tocante á la presencia real de Jesu-christo en la Eucaristía.

ARTICULO VIII.

Personages ilustres en la Iglesia por sus virtudes, ó por su talento.

Tenemos ya dicho muchas cosas de los teólogos de este siglo, en el que fueron casi los únicos sabios. Asimismo nos ha hecho conocer la serie de la historia muchos personajes santos que honraron á la Iglesia con sus virtudes, al mismo tiempo que con su zelo defendian la fe. Así para evitar repeticiones, creemos debernos limitar á la noticia de los hombres mas ilustres, y á los mas distinguidos